

Florencia Eluchans

# Más allá de nuestros días

 Planeta

La humedad se colaba por la suela de sus zapatos. Eran unos mocasines con hebillas heredados de su padre, sus favoritos. Los había escogido a propósito. La corbata de lana azul y el abrigo con la basta alargada también eran herencias. Rafael había elegido todo con sumo cuidado, el día anterior. La muerte del viejo marcaría un hito en su vida, en la suya y en la de sus hijos. Marcaría un antes y un después. La rompería en dos.

Los vio abrirse espacio entre los paraguas negros hasta que quedaron de pie frente a él. Rafa se había afeitado el bigote a última hora y vestía un traje oscuro un poco más grande que él. Santiago llevaba la misma barba bien cuidada de siempre y un traje a rayas que le calzaba perfecto. Le guiñó un ojo a su padre desde el otro lado del ataúd y forzó una sonrisa, una mueca para ocultar la turbación. Rafa, en cambio, no era capaz de despegar la mirada del suelo. A pesar de la llovizna se había puesto anteojos negros y el paraguas que sostenía en una mano estaba cerrado.

Elena buscó a su hijo mayor con la mirada pensando en susurrarle alguna palabra de cariño que lo aliviara, pero una voz ronca la interrumpió:

—Rafael Ortúzar era un hombre de acero —dijo el expresidente de la República en un tono sobrio. Había tomado un micrófono y hablaba sin notas. Se hizo un silencio sepulcral que solo interrumpía el sonido de una lluvia fina y persistente—. Notable ministro de Justicia, mi amigo Rafael fue un astro. Un caballero de ojos vivos y despiertos, de cabeza siempre erguida, hombros anchos, brazos largos y dedos fuertes. Un soldado que nunca encorvó la espalda y jamás fijó los ojos en el suelo —el expresidente hizo una pausa para

contener la emoción. Para sorpresa de muchos, algunas lágrimas resbalaron por sus mejillas y se le quebró la voz. Rafael habría querido concentrarse en el discurso de ese hombre, no perderse ninguna inflexión, ninguna pausa, ninguna palabra entre dientes. Pero no fue capaz. Solo pensaba en que ya no habría tiempo para aclarar ese asunto con su padre, tener con él una última conversación.

“No esperaba menos, hijo”, recordó que le había dicho el viejo al momento de recibirse como abogado. Rafael había obtenido tres coloradas. El examen que dio fue magistral. Estaban en la puerta del auditorio con el diploma en la mano. Rafael y el viejo se habían fundido en un abrazo fuerte y sentido. Él era el único hijo hombre que engendró el viejo, el único que, como él, se transformaría en abogado penalista. En cierta forma, Rafael sería su espejo. Su otro yo.

—Era ese modo particular que tenía de atravesarte con la mirada —decía ahora el expresidente—, de mantener su mano en la tuya una décima de segundo más de lo necesario lo que lo hacía un hombre seguro, fuerte, decidido.

Las palabras ya no eran un eco remoto para Rafael. Ahora cada una retumbaba de manera enérgica, casi dentro de sus oídos. Como si solo estuvieran dirigidas a él. Fijó sus ojos en la tumba del viejo y luego miró a sus hijos. Rafa había levantado la mirada del suelo y ahora también escuchaba atento. Su rostro de pronto había cobrado una expresión vivaz. Se había quitado los anteojos de sol y parecía querer compenetrarse con la emoción que se respiraba al despedir a su abuelo. Quería sentirse, al fin, parte de ese grupo familiar. Elena también notó la conmoción en el rostro de Rafa y sin decir nada se prendió con fuerza de la mano de Rafael. Estaba de pie, estoica, a su lado. Tal como lo venía haciendo desde hacía más de treinta años. El viejo, en cambio, había tenido trece matrimonios. Su segunda mujer estaba ahí también despidiéndolo. Lloraba o fingía hacerlo.

—Pero me atrevería a decir que los caballos —continuó el expresidente— fueron su verdadero gran amor.

Hubo otros discursos cargados de risa. Anécdotas de amigos en el Club Hípico. Elogios de abogados respetados a su trabajo. El

ambiente lentamente se fue relajando. Vinieron decenas de palabras emotivas, pero nadie dijo que el viejo también podía ser una mierda. Nadie lo dijo, tampoco Rafael.

Ministros, jueces y cercanos se amontonaron junto al mausoleo. La lluvia fue amainando, los paraguas se fueron cerrando y, de a poco, salió el sol. Rafael, sus dos hijos y algunos familiares tomaron el ataúd con fuerza y lo posaron con delicadeza en el panteón. Los acompañó una melodía gregoriana. Algunos se secaban las mejillas con pañuelos o sollozaban. Nadie lloraba. O al menos nadie lloraba a lágrima viva. Había sido una muerte natural y el viejo había tenido una larga vida, una vida que despertaba respeto y admiración.

Rafael terminó de acomodar el ataúd y palmeó el hombro de su hijo mayor. Rafa estaba de espaldas a él. Seguía usando la misma colonia fuerte y pasosa de la que antes se valía para disimular el olor a alcohol.

—¿Estás bien? —le susurró Rafael al oído.

Rafa lo miró fijamente a los ojos.

—No —contestó.

La mano de Rafael apretó con fuerza el hombro de su hijo. El coro cantó una nueva canción. Elena se paró en medio de sus dos hijos y los abrazó. Rafa y Santiago eran prácticamente del mismo tamaño. Tenían el mismo color de pelo castaño claro, la misma forma de cara angulosa. Santiago llevaba barba desde la adolescencia para ocultar una cicatriz en la mejilla. La nariz de Rafa era más respingada, sus ojos más claros y sus facciones más finas. Rafael se arrimó y se fundió con ellos en un abrazo. Luego se fijó en la placa que señalaba el nombre de su padre y las fechas en que llegó y se fue de este mundo, y lo arremetió una fuerte melancolía. Por el tiempo que ya no compartirían juntos. Por las cosas que ya no se podrían decir. ¿Por qué lo hiciste así, viejo?, se preguntó, ¿para qué? Sintió una mezcla de temor y lástima al mirar a sus hijos y al fin lloró.

La lluvia había vuelto a caer con fuerza cuando regresaron al departamento. Rafael tenía los zapatos mojados y las manos frías. Abrió la puerta y cedió el paso a su mujer. Vivían en un dúplex en Gertrudis Echeñique desde donde podían caminar a la oficina, al café y a la librería. Era el sueño de los dos.

Colgaron los abrigos en el perchero junto a la entrada y se dirigieron a la cocina, en silencio. Durante el camino de regreso prácticamente no habían pronunciado palabra. Rafael estaba triste y preocupado, ¿qué iba a decir Elena cuando supiera?, ¿qué iba a pasar después? A Elena le inquietaba la tristeza de su marido y la de su hijo mayor; vivía preocupada por Rafa.

—No necesitamos nada —les había dicho a sus dos hijos a la salida del cementerio—, solo lleguen luego a la casa.

Se juntarían a almorzar los cuatro como hacía tiempo no ocurría. Los chicos se vendrían por su cuenta. Necesitaban marcar una distancia respecto de sus padres. Elena encendió el horno y abrió una botella de vino. Rafael salió a fumarse un cigarrillo al patio. Venía soñando con ese cigarro desde hacía rato. Aspiró con fuerza e imaginó a su padre fumando ahí, con él. Se tomaban una copa de coñac mientras discutían sobre los principios del castigo y la libertad. El viejo tenía un conocimiento profundo y amplio de las leyes, el derecho era algo que le fascinaba. Entre los abogados penalistas era considerado una eminencia. Le dio la última calada al cigarrillo, observó el pequeño jardín y la fuente de agua al fondo. El loro parecía entumido adentro de la jaula, lo había sacado a airearse esa mañana. Era un loro verde y amarillo y había sido un regalo de Amparo, la última novia de Rafa. Rafael se acercó a la

jaula, ordenó las semillas esparcidas entre las patas de Gael —así se llamaba el loro—, mantuvo con él el mismo diálogo incoherente de siempre y entró a la casa mojado.

Santiago ya estaba ahí. Había llegado hacía unos minutos y ayudaba a preparar el almuerzo. Se escuchaba música de fondo y un aroma a estofado invadía el lugar. El ambiente del primer piso era un solo espacio: cocina, living, terraza. No tenían comedor. En invierno comían en el mesón de la cocina y en verano, en la terraza. La biblioteca, el escritorio y la habitación principal estaban en el segundo piso; el techo era de doble altura. Sobre la pared junto a la escalera colgaban decenas de marcos de fotos. La mayoría eran recuerdos familiares tomados en el jardín de la casa de Pedro de Valdivia Norte, de alguna cabalgata o cumpleaños, o de cuando el viejo había jurado como ministro.

—¿Sabes por qué se demora tanto tu hermano? —le preguntó Elena a Santiago tras servirle una copa de vino.

Santiago respondió que se había desviado a comprar cigarrillos, que no tardaría. Le había mandado un mensaje recién. La comunicación entre los hermanos era siempre por mensaje.

Comentaron el funeral mientras tomaban vino. Santiago sentía una admiración profunda por su abuelo. Para él, Rafael Ortúzar irradiaba una humanidad pura y magnífica que había conocido en poquísimas personas. Su abuelo era su ídolo. De chico soñaba con ser como él.

—¿Me puedo quedar con algunos de sus libros? —preguntó.

Elena no escuchó la pregunta o hizo como que no la escuchaba. Estaba concentrada trozando la carne. Rafael se movió incómodo en la silla. No quería que llegara ese minuto: el momento en que había que hablar y tomar decisiones. Levantó los hombros como si la pregunta de Santiago no tuviera importancia. Bebió su copa de vino sin emitir sonido hasta que el timbre de la casa lo salvó.

Elena se limpió las manos en el delantal que tenía puesto, ordenó su melena bien cortada y se apuró en abrir la puerta. Llevaba un vestido de algodón ajustado y zapatos de tacón. Era una mujer atractiva y no había que ser ciego para darse cuenta de que el paso de los años le había favorecido. Mantenía las mismas piernas fuertes, el abdomen plano y el paso por el pabellón le había venido

bien. Se había arreglado los pechos cuando acabó de amamantar a Santiago y, a pesar de que el período de lactancia que les había regalado a sus hijos fue corto y perturbador, cuando esa etapa terminó, volvió a ser la mujer atractiva de siempre. Y no era una tarea fácil, por supuesto que no: entrenaba tres veces por semana, no consumía azúcar ni lácteos ni se excedía con los postres y el alcohol.

—Qué rico que llegaste, mi amor —le dijo a Rafa que venía empapado de pies a cabeza. Traía un paquete de cigarrillos en la mano.

Elena le quitó el abrigo a su hijo y lo invitó a pasar. Rafa se acercó a su padre y le dio un abrazo. A Santiago le tendió una mano. Rafael se acercó al refrigerador y sacó una botella de agua fría. Sirvió un vaso y se lo ofreció a su hijo mayor, que agradeció sin demasiado entusiasmo.

Se sentaron a la mesa en silencio. El vapor de la cocina había impregnado los ventanales. La luz era tenue y afuera la lluvia caía con furia y el loro chillaba, pero nadie lo oía.

—Salud por el viejo —dijo Elena alzando su copa—, y por la felicidad de tener a mi familia completa en casa.

Sus ojos se humedecieron. Tener a su familia reunida la llenaba de emoción. Rafael la miró desde el otro lado de la mesa y se sintió agradecido de que fuera suya. Elena era una mujer poderosa que contenía varias personas dentro de sí: esposa, madre, profesional, compañera. Desde que los niños se habían independizado, su matrimonio había vuelto a florecer y eso a los dos les gustaba, pero sobre todo a él. Rafael de pronto se sentía joven de nuevo, podía pasearse sin ropa, fumar tranquilo y hacer el amor con su mujer cuándo y dónde quisieran.

Rafael y Santiago levantaron sus copas. Rafa su vaso de agua. Ya no era problema que los demás bebieran delante de él, parecía haberse acostumbrado. Llevaba siete meses abstemio. Había pasado la última Navidad internado en una clínica de rehabilitación y, al salir, les había prometido a sus padres no volver a beber jamás.

—Estaba pensando quedarme unos días más —anunció Santiago tras probar un trozo de carne.

—¿Puedes? —preguntó Rafael.

—Ya terminé los exámenes. Un par de días creo que no serían problema.

—Ojalá —continuó Rafael—, sería genial, podríamos hacer algo juntos el fin de semana largo, los cuatro.

Elena le guiñó un ojo y dijo que sería un sueño pasar un par de días juntos. Rafael volvió a pensar en la conversación que debía tener con su mujer y se arrepintió de lo que recién había propuesto. Rafa dijo que debía terminar de trabajar en la defensa de Sarquis, que no sería fácil tomarse tantos días de descanso. Acabó de comer rápido y salió al patio a buscar a Gael. Había que entrarlo, dijo, se podía resfriar.